





RELATOS  
EXTRAORDINARIOS



Carlos Mario Díaz

RELATOS  
EXTRAORDINARIOS



Primera edición: marzo de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Carlos Mario Díaz

ISBN:978-84-19151-62-9

ISBN digital: 978-84-19151-63-6

Depósito legal: M-6140-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Al Dios de los cielos,  
él lo hizo posible.*

*A todos los míos:  
mamá, papá, esposa e hijos, también hermanos.  
A mis abuelos, por todas esas historias  
que me contaron cuando niño  
y que incubaron en mí el gusto por la narración.*





## AGRADECIMIENTOS

Al Nazareno, porque las promesas se cumplen. A Félix José, eres mi gran amigo y quien pudo leer este de primero. A Editorial Adarve y a su excelso equipo de trabajo, por darle la oportunidad a este libro de ver la luz y de acompañarme en este proceso. A mi padre, por todo el apoyo; eres el mejor, mi viejo. Y gracias a todos los que, de una u otra manera, siempre han creído en mí.



## PRÓLOGO

Historias llenas de magia, costumbrismo, terror, amor y fantasía son las que componen este trabajo literario. Los personajes son el vivo reflejo de la gente del caribe colombiano y de toda aquella riquísima tradición oral que nos hace únicos e irrepetibles.

También destacan las esencias propias de la imperfección humana: traición, ambición, celos, odio, enfermedad, maldad y muerte. Estas historias transportan al lector a mundos y a situaciones inverosímiles que están cargadas de realidad, y de este modo crean la conexión simple de las experiencias o conocimientos que este tenga con lo que va encontrando en las historias. Se sentirá identificado o sorprendido de algún modo, pero la conexión estará allí.

Estos relatos extraordinarios son en cierto modo experiencias del autor; otra gran parte son herencia de las historias de sus ancestros, y que él, de modo audaz, combina y recrea para crear su primer trabajo literario.

EL AUTOR



## LO QUE ME DICE TU CAFÉ

Se sentó en la terraza, en un taburete de cuero de vaca, pero antes calentó el café que encontró sobre la estufa y se sirvió una taza de esas grandes. Mientras lo tomaba, su mente divagaba en los estragos de la parranda de la noche anterior. Tenía un sabor a yuca rancia en el paladar, y de su cuerpo expulsaba un vaho de alcohol que ni él mismo soportaba. También sudaba de una forma sobrenatural, parecía que se estaba derritiendo como vela en alborada de fandango.

Se sentó en la terraza con la esperanza de que la brisa de la calle le aliviara el sofoco, pero esa mañana la brisa le fue indiferente, y refrescó a todo mundo menos a él.

Seguía tomando su café cuando por fin pudo dejar de pensar en los males que le aquejaban en el momento y pudo saborear de verdad la bebida. No le supo a nada, de modo que se puso de pie y recogió una hoja de hierba santa que había en el jardín que su esposa hizo y se la llevó a la boca, pero esa vez sí que halló sabores y formas en su paladar. Entonces volvió a su taburete, lo recostó a la pared nuevamente y tomó otro sorbo,

pero al igual que el anterior, no le supo a nada más que a agua caliente. Volteó un poco el tazón para mirar su interior y cerciorarse por sus propios ojos de que de verdad estaba bebiendo café, y sí; era café, pero el muy maldito hombre no podía sentir su sabor. Lo más cerca que estuvo de disfrutarlo fue gracias a un leve aroma que emanó de la taza y que le entró por la nariz, recorrió todo su interior y, al igual que el alcohol, salió en forma de sudor a través de sus poros.

Muy a pesar de que en el tazón de café no hallaba sabor alguno siguió bebiéndolo como si lo disfrutara, pero más allá de eso, el falso efecto de disfrutar algo que no disfrutaba, hizo que su cerebro todo revuelto y desorganizado, con sus miles de neuronas muertas por el terrible efecto del alcohol, alcohol que tomaba desde los dieciséis años, y que le había estropeado la vida; el cerebro pudo hacer bien su trabajo y las sinapsis que en él se produjeron lo llevaron a recordar la primera vez que la conoció en aquel paradero de camiones.

Él venía de Barranquilla, la puerta de oro de Colombia. Estuvo viviendo allí un par de años, y cuando pensó en volver a su natal Sahagún, ciudad cultural de Córdoba, un amigo que se dedicaba al transporte de plátanos se ofreció a llevarle en uno de sus viajes a cambio de cuentos y chistes para el camino, pues si había algo en lo que él destacaba era en la jocosidad y la forma única de contar anécdotas y cuentos.

El camionero se sintió tan agradecido por el plácido viaje que, a pesar de ya estar en Sahagún, invitó a comer

a Rúgero Jiménez a su habitual restaurante y paradero de camiones, El viejo baúl. Allí estaba ella: hermosa, sencilla y cariñosa. Ambos quedaron encantados con la presencia de la joven mujer, y el camionero comentó:

—Ella es nueva, no la había visto antes por aquí.

Pidieron un almuerzo corriente y para bajarlo un par de cervezas. Ella los atendió tan servicialmente que después de terminado el almuerzo se quedaron un rato más y pidieron un café.

Una pelea de perros en el frente de su casa lo sacó de aquel momento de tiempos buenos. Sintió entonces añoranzas y una alegría vieja. Se llevó nuevamente el tazón a la boca y tomó otro sorbo de café, y de nuevo su mente lo llevó a evocar los tiempos de cómo la conquistó.

Rúgero Jiménez siguió yendo al paradero de camiones, se sentaba en una mesa y pedía un café. Ella era quien lo atendía. Fue paciente y metódico para enamorarla. Al tiempo se volvieron pareja, y él lo celebró dándose de tragos hasta el día siguiente. Luego de meses de relación se fueron a vivir juntos porque ella quedó embarazada, y él nuevamente celebró el acontecimiento bebiendo y bebiendo hasta perder la cordura. Esa noche llegó a la casa trastabillando y tocó la puerta en repetidas ocasiones, solo que Alcira, su mujer, no lo escuchó por el sueño profundo en el que estaba sumergida; ese día en el paradero de camiones había sido agotador.

—Alcira, abre la puerta, ¡que abras esa mierda te digo!  
—dijo Rúgero con notado enfado en su tono de voz.

Los ladridos de los perros en la calle, más la algarabía del borracho, lograron despertarla. Ella, somnolienta caminó a la puerta mientras decía:

—¡Cálmate, Rúgero, cálmate, ya voy a abrirte la puerta!

En cuanto la abrió, un puñetazo le destrozó la cara y la mandó al suelo; estuvo varios días sin salir de la casa para que no le vieran rostro de boxeador, sin embargo, ella poco se enojó con él, y todos los días le preparaba su café matutino. No le dirigía la palabra, y ejecutaba los quehaceres domésticos con una sumisión que daba lástima, tanto así que Rúgero se hundía en su propia vergüenza. Tantos días sin ir a trabajar fueron motivo para que perdiera su empleo en el paradero de camiones.

Un vecino que fue a su casa a prestarle un martillo lo retornó a su realidad actual. Le tocó el hombro:

—Vecino, présteme su martillo. —Él respondió que había perdido el martillo en una ocasión en la que lo prestó.

A cambio de ello le ofreció una taza de café. El vecino la recibió y se la bebió con agrado, era el mejor café que había tomado. Le dijo que ese café le supo a felicidad y a sus días de niñez. Rúgero, que bien sabía de la magia del café de su mujer, solo sonrió tenuemente y le dijo que a él, el café de ese día no le supo sino a agua caliente. El vecino agradeció el delicioso café y se dirigió a la casa de otro vecino para conseguir el martillo.

El silencio de su casa era hondo y prolongado, pero no le dio importancia. Cada sorbo lo transportaba a todos aquellos momentos de felicidad, tristeza, rabia y di-



cha que había vivido con Alcira. No la volvió a pegar, pero los insultos eran el pan de cada borrachera. A su hijo no lo cargaba, no porque no lo quisiera, sino por miedo a dejarlo caer; su mujer jamás lo insultó o le reprochó su comportamiento.

Una lágrima rodó por su mejilla: la culpa le hacía mo-fas. La melancolía lo condujo por los pasillos olvidados de su memoria, y recordó la vez en la que él estuvo enfermo con una extraña enfermedad, que no se sabía de dónde había venido ni cómo se curaba, que lo retorció como a un gusano atacado por hormigas y que luego lo hacía cagarse y mearse sobre las ropas. Ella estuvo allí esos trágicos siete meses.

Ya más sobrio y reposado por el tazón de café, se fue en llanto y reconoció que había sido una mierda con su mujer. Porque la engañó cada vez que pudo, porque inclusive se acostó con una prima de ella, que desaprovechaba los momentos para darle un beso y que, a pesar de su vagabundez, ella lo amaba con paciencia.

La historia se repitió con el nacimiento de su segundo y tercer hijo, solo que sin la bochornosa enfermedad, pero sí con la constante traición a su esposa con las prostitutas de los burdeles que estaban a la orilla de la carretera, a la salida del pueblo. Se sintió asqueado de sí mismo. Sintió un remezón en su pecho y cómo los frijoles que se había comido el día anterior en medio de la parranda nacían en su estómago, crecían, florecían, daban frutos, luego les nacían gusanos a las matas y estos la devoraban. Sintió ganas de vomitar, fue entonces cuando se preocupó

por el silencio de la casa: como había dormido en la sala pensó que su mujer y sus hijos estaban en su habitación.

Revisó los cuartos, pero no halló a nadie, y evidenció los roperos vacíos. Comprendió que se habían ido. Él pensó que ellos volverían a casa, así como lo habían hecho las veces anteriores que Alcira se iba, de modo que fue a la cocina a servirse más café. Pero no había, solo le quedaba un sorbo en la taza; se lo tomó y entonces, en ese preciso momento, el café le supo a olvido con infusiones de soledad, y fue así cuando comprendió que ella y sus hijos no volverían nunca, nunca más.

Porque lo que por café vino, por el ron se fue.

## DIÁLOGO CON UN PSICÓPATA

### El planteamiento

—Míralos allí, todos tan seguros de sí mismos gracias a la humillación que dan a otros. Se portan como si fueran más importantes que yo. ¿Acaso son más importantes que el resto? ¿Somos nosotros los menos? No, no lo creo. Todos con sus celulares inteligentes y hablando de idioteces, como si el mundo no fuera otra cosa que esa mierda de la tecnología.

—Yo podría tener uno de esos. Solo tendría que matar a la señora de la tienda de celulares de la calle 13.

—Pero, ¿por qué matarla? ¡Mejor golpéala hasta que pierda el sentido! No entiendo cómo puedes ser tan inhumano. ¡Solo pídele el bendito aparato a papá!

—No lo sé. Es que si no la mato tal vez me pueda acusar con la policía. Por otra parte, ya sabes cómo es el viejo, todo un imbécil con eso de la educación y el refinamiento de los modales. Para él soy chusma.

—Déjate de idioteces. Además, ¿por qué tiene que ser la señora de los celulares de la calle 13? Mejor que

sea el padre de la zorra de Maikellis, pero sin homicidios.

—Oh, sí. Tienes razón. Esa perra nos rechazó la otra vez. Según ella estamos locos.

—No. Tú si eres loco, yo no.

—¿De verdad, amigo, de verdad? Si yo soy loco, tú también. Eres un maldito... Te salvas porque eres tú.

—No grites, que nos van a escuchar. Y ya deja ese tema. Hay cosas más relevantes en las que gastar energías.

—Cierto. Estuve pensando que debemos de organizar mejor las cosas, es decir, ajustar el plan detalle a detalle si queremos que todo salga bien. No me gustaría que nos agarrara la policía. Recuerda que estuvimos presos algunos días y que, de no ser por papá, habríamos pasado un tiempo mayor.

—Estuviste preso tú. Yo no. ¿Acaso no recuerdas que yo me oculté y te atraparon a ti? ¿De verdad no lo recuerdas! ¿Acaso consumes algún tipo de porquería?

—No estoy para tus idioteces en este momento. Pienso que si compramos un arma por internet sería más fácil y menos arriesgado. Mira, creamos una cuenta falsa y luego hacemos las transacciones desde allí. Creo que así no nos rastrearían.

—¿Y si mejor prendemos fuego al salón y encerramos a todos dentro? Así nos ahorraríamos mucho trabajo.

—Idiota. Por cosas como esas yo soy el cerebro de este equipo. Si lo hacemos, así como tú quieres, las cosas saldrían mal. Es por ello que debemos planearlo. ¿Quieres ir preso?, ¿quieres que te mate una turba violenta de personas que reclaman venganza?

—No, claro que no.

—Escucha con atención. Mañana te levantarás temprano y crearás cien cuentas falsas. Sé que te tomará tiempo, pero será necesario. Tendrás una semana para eso. Luego escogerás la mejor de todas las armas y pedirás que te la envíen dentro de un mes. Después me la entregas a mí y esperaremos otro mes. Esto ayudará a crear una distracción, y nadie sospechará que esa arma será utilizada para asesinar a alguien. Además, los compañeros estarán más confiados.

—¿Y tú qué harás?

—Yo haré el trabajo de seguimiento. Digamos que de inteligencia. Tú sabes que yo soy más sigiloso. Debo memorizar los treinta y dos horarios de estos perros que vienen a recibir clases con nosotros.

—Entiendo.

—Recuerda que con calma se hacen bien las cosas. No te precipites, ¿entendido?

—Te entiendo, hermano. Pero, ¿será que por lo menos puedo seguir y husmear a Dayana? Sabes cuánto me gusta. Quiero hacerla mía antes de matarla con el resto.

—Se cuánto la deseas. Pero una cosa así, en estos momentos, lo echaría a perder todo. Nos pondría en evidencia. Solo imagina todos esos ojos puestos sobre nosotros. Evitemos inconvenientes. ¿Qué tal si te descargo un juego de esos de simulación donde puedes dar la forma que deseas a los personajes? Y le pones el rostro de ella. Así podrás verla cuando quieras y, a través del juego, hacerle cuanto quieras.

—Por eso te amo, puto. Claro, esa idea me gusta.  
—Espérame aquí, amigo. La maestra dice que me llama la psicóloga de la universidad.  
—¿A ti? Ja, ja, ja. Luego dices que el loco soy yo.  
—Tienes razón. Pero recuerda, nada de locuras hasta que yo vuelva. No me dejes fuera de la acción.

## La declaración

—¡Hola, Cristóbal! ¿Cómo estás? He notado desde la ventana que hablabas con Titi.

—Hola, doctora Sandoval.

—Bueno, dime, ¿de qué hablaban? Recuerda que debes contarme todo lo que sepas.

—Doctora, las cosas se están saliendo de control. Titi es cada vez más agresivo, y la verdad, ya no sé cuánto más podré detenerlo. ¡Le recomiendo enviarlo con un psiquiatra, o a algún loquero, manicomio, o yo que sé!

—Sabes que no puedo hacer eso. Tu padre tomaría represalias en mi contra. Él no entiende de eso.

—Estas terapias no sirven de nada, usted lo sabe. Ocurrirá una tragedia si no hace algo. No sé cuánto tiempo más pueda ganar, pero Titi planea matarlos a todos. Lo he puesto a hacer una cantidad de trabajo de distracción mientras se me ocurre algo o se le ocurre a usted.

—Lo que dices es grave. Pero si tomo acciones mi prestigio se iría al suelo gracias al senador. No volvería a conseguir un trabajo decente y, conociendo a tu padre, sería capaz de ordenar que me mataran. ¡No puedo hacer eso!

—¡Tiene que elegir! Es eso o usted y treinta y una personas más muertas. ¡Decida, doctora!

—Pero, ¿comprendes lo que me estás pidiendo? Te verás afectado. También irás a la cárcel.

—Entiendo las consecuencias. Y las asumo. Dígame, ¿usted cree que Titi las comprende o que le importe siquiera? No, ¿verdad? Él disfruta con la sola idea de ver sufrir y morir a los demás.

—Tienes razón. No podemos perder más tiempo. Hoy mismo diligenciaré la documentación para hacer remisión a un centro de atención especializada.

—Ja, ja, ja. Llámelo por su nombre, doctora. No se cohíba por mí. Y si para frenar a Titi yo tengo que ir, entonces lo haré, porque creo que, después de esta pequeña charla, no nos volveremos a ver. Usted ya sabe las implicaciones de todo esto. Gracias por tantos años de atenciones y cuidados. Encontré en usted una mano amiga.

—No tienes que agradecerme nada. Es mi trabajo.

\*

—Hola, doctora. Me preguntaba si por acá, en su consultorio, no ha visto a Cristóbal.

—Hola, Titi. Él estuvo por acá hace unos minutos. Ya se fue. ¿Qué haces fuera de clases?

—Es que se estaba demorando y quise ver qué sucedía. Sabe, tiene usted un cuello muy sexi. Dan ganas de... besarlo.

—¡Oye, respeta. Te lo pido amablemente, retírate por favor.

—Doctora, ¿qué tiene? La veo pálida.  
—¿Cristóbal?  
—Sí, doctora. Un momento, ¿él estuvo aquí, cierto?  
—Sí, fue aterrador hablar con él. Es la tercera vez que esto pasa. Me dijo que tenía el cuello sexi. Pero yo sé que no se refería a eso.  
—Se lo dije. Cada vez es más fuerte.

## La reclusión

La doctora elaboró la remisión a un centro especializado en psiquiatría, y, muy a pesar de las posibles consecuencias, mantuvo inquebrantable su ética profesional.

—Esta ofensa la pagara cara, doctor Sandoval, eso se lo aseguro —dijo el senador.

—Solo cumplí con mi trabajo.

—Su trabajo era controlar a mi hijo, no mandarlo al manicomio.

—A usted no le preocupa el bienestar de su hijo, solo se preocupa por su imagen pública y el qué dirán. Sea mejor padre.

—Eso no le incumbe. En tres meses Cristóbal estará afuera, eso se lo juro.

—Entonces en tres meses tendremos una tragedia —dijo la doctora Sandoval—, porque también saldrá Titi.

El senador acompañó a los enfermeros hasta el cuarto para llevar a Cristóbal al manicomio y lo halló tranquilo sobre su cama, esperando a ser recogido. Los enfermeros lo custodiaron, lo montaron en el carro y lo



dejaron en el cuarto del manicomio. El senador aún los acompañaba.

—Te pido por lo que más quieras que no me saques de aquí —dijo Cristóbal—. Es por el bien de todos.

—Eres mi hijo.

—Eso ya no importa. Ahora vete.

—Entonces, papáito bello, ¿qué te pasa? —cuestionó Titi—. ¿Dejarás aquí a tu hijo adorado?

—¡Maldito seas! Tú no eres mi hijo, ¡mi hijo es Cristóbal!

—Tú tampoco eres mi padre, maldito viejo.

El senador se retiró en silencio, y los enfermeros que lo acompañaban creyeron prudente ese acto. Cerraron la puerta y escucharon las voces dentro de la habitación, pero no le dieron importancia y siguieron caminando.

—¿Te fijas en lo que hiciste, Cristóbal?

—Sí. ¡Así que lo mejor que podemos hacer es llevarnos en paz!

—Cuando pueda, te mataré.

—Ya cállate. Solo quiero dormir un poco.

—No duermas. Mira en la que nos has metido. No debí de hacerte caso. Eres un imbécil.

—No pienso hablar nada más. Pelea tú solo si quieres. Voy a dormir —respondió Cristóbal lleno de fastidio.

—Ah, vas a dormir. ¡Te voy a matar!

—Sería un alivio para mí —dijo Cristóbal con el alma en paz.

—Sabes que no puedo.

—Ya lo sabía —replicó Cristóbal

—Eres un cobarde. La próxima vez los mataré a todos, ¿entiendes? —volvió a decir Titi.

—¡Entonces espera a que ese momento llegue y no jodas tanto! Ahora duerme. Idiota —dijo Cristóbal con la sensación del deber cumplido.

## EL PRÍNCIPE ROJO

Ese día todos lo vieron allí sentado en la terraza de su casa, aquella que había mandado hacer para pasar los días de fastidio fuera del reino. Dijeron que estaba loco y que la princesa Beth había desaparecido porque muy pronto sería su boda con el príncipe azul. Ella no contaba con que el príncipe rojo se enterara tan pronto, pensaba decírselo ella misma, pero ocurrió lo de siempre: él le descubría cada vez que ella le ocultaba algo, y esa vez no fue la excepción.

La conoció en el baile de cumpleaños de la princesa Gabriela y le pareció la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Jamás había visto a una mujer tan encantadora; sus caderas firmes y sensatas cargadas de juventud invitaban a bailar; sus ojos redondos, grandes y color café parecían la puerta a otras dimensiones no exploradas por el hombre; el tono de su piel era claro, casi blanco; sus cabellos negros eran el adorno perfecto para su rostro semiredondo, su figura corporal era una alabanza a la evolución. Quizá Darwin no pensó que la

evolución del hombre tendría en ella a uno de sus mejores especímenes.

Sentado allí, en su silla amueblada, el rojo príncipe pudo detallarla bien. La veía sentada, animosa, pero no se levantaba a bailar ninguna canción. Él, por su parte, había tenido la oportunidad en diversas ocasiones de ajustar al ritmo de la música las caderas de algunas invitadas a la fiesta. Las botellas de vino y los vasos de cerveza estaban a disposición de todo aquel que quisiera; él había tomado un par de tragos y varios vasos de cerveza, pero estos aún no surtían efecto. El olor a mango maduro se apoderaba de toda partícula respirable en el ambiente, el espacio dejaba entrever que la cosecha ya estaba pasando. La anfitriona era amante de los espacios libres y naturales, y por ello decidió que la fiesta se hiciese en los patios de la casa.

—¡Hola! —dijo ella tiernamente.

—¡Hola! —respondió él—, ¿cómo estás?

—Bien, algo aburrida, ¡aquí viendo bailar a todos! —exclamó ella.

—¿Y por qué no bailas?

—No se bailar, soy algo torpe para eso —expresó con algo de pena y burla.

Ambos se rieron un buen rato y charlaron de cosas simples y joviales de la vida, de sus intereses, de sus sueños, de sus vivencias y de lo que parecía importarles o no. Ambos pensaban en una sola cosa, aunque ninguno lo expresó: mantener viva la conversación.

—Vamos a bailar, yo te enseño, soy un buen maestro —le propuso de forma jocosa. Ella acepto bailar, sin-